

- (Ap.) Y tu enemiga.
- DON LUCAS. En Illescas  
me he de casar esta noche.
- D.<sup>a</sup> ALFONSA. Hasta ir á Toledo espera,  
para que don Pedro y yo  
nos casemos, y allí sean  
tu boda y la mía juntas.
- D.<sup>a</sup> ISABEL. (Ap.) Antes quiera Amor que muera.
- DON LUCAS. Señora mía, no estoy  
para esperaros seis leguas.
- DON LUÍS. Muerto estoy; á acompañaros  
iré con vuestra licencia,  
y celebrar vuestra boda;  
yo soy don Luís de Contreras,  
vuestro servidor antiguo.
- DON LUCAS. No os conozco en mi conciencia.
- DON LUÍS. Y amigo de vuestro padre.
- DON LUCAS. Sed su amigo, norabuena;  
pero no habéis de ir conmigo.
- CABELLERA. Llega el coche.
- ANDREA. La litera.
- DON LUÍS. Yo he de ir con vos.
- DON LUCAS. Voto á Dios,  
que me quede en esta Venta.
- DON LUÍS. Ya me quedo.
- DON LUCAS. ¡Gran favor!
- D.<sup>a</sup> ISABEL. Muerta voy.
- CABELLERA. ¡Hermosa bestia!
- D.<sup>a</sup> ALFONSA. Muriendo de celos parto.
- DON PEDRO. ¡Que esto mi dolor consienta!
- DON ANTONIO. ¡Que esto mi prudencia sufra!
- D.<sup>a</sup> ISABEL. ¡Que esto influyese mi estrella!
- DON LUCAS. Alfonsa, ¿guardas la mano?
- D.<sup>a</sup> ALFONSA. Sí, señor.
- DON LUCAS. Pues tened cuenta,  
entre bobos anda el juego;  
Pedro, entrad.
- DON PEDRO. ¡Cielos, paciencia!
- DON LUCAS. Guárdeos Dios, señor don Luís.
- DON LUÍS. Allá he de ir, aunque no quiera.

## JORNADA SEGUNDA.

*Sale DON PEDRO en jubón, con sombrero, capa y espada, y  
CABELLERA medio desnudo, por el patio del mesón.*

- CABELLERA. ¿Á dónde vas, señor, de esta manera,  
medio desnudo?
- DON PEDRO. Calla, Cabellera.
- CABELLERA. Á las dos de la noche, que ya han dado,  
de mi medio columpio me has sacado,  
y discurrir no puedo  
dónde ahora me llevas.
- DON PEDRO. Habla quedo.
- CABELLERA. Si hemos de ir fuera, aquí miro cerrada  
la puerta principal de la posada.
- DON PEDRO. No ha sido ese mi intento.
- CABELLERA. ¿Pues á dónde hemos de ir?
- DON PEDRO. Á este aposento.
- CABELLERA. Don Lucas aquí duerme recogido,  
que se oye en todo Illescas el ronquido;  
doña Alfonsa su hermana  
duerme en otra alcobilla á él cercana.
- DON PEDRO. ¿Y el padre de Isabel?
- CABELLERA. Duerme á aquel lado,  
en aquel aposento.
- DON PEDRO. ¿Está cerrado?
- CABELLERA. Cerrado está; dí lo que quieres, ea.
- DON PEDRO. ¿Y dónde están doña Isabel y Andrea?
- CABELLERA. En esta sala están.
- DON PEDRO. Ven poco á poco,  
que la tengo de hablar.
- CABELLERA. Si no estás loco,  
que has de perder el seso he imaginado;  
¿qué es esto? tú, señor, enamorado  
de una mujer, que serlo presto espera  
de don Lucas?

DON PEDRO. Sí, amigo Cabellera.  
 CABELLERA. Ten, señor, más templanza;  
 ¿tú faltar de tu primo á la confianza?  
 cómo, ¿tú enamorado de repente?  
 DON PEDRO. Más anciano es el mal de mi accidente;  
 siglos há que padezco un mal eterno.  
 CABELLERA. Yo tuve tu accidente por moderno;  
 pero si tiene tanta edad, más sabio  
 quiero saber tu pena de tu labio;  
 dime tu amor, que ya quiero escucharle.  
 DON PEDRO. ¿Qué intentas con oírle?  
 CABELLERA. Disculparle.  
 DON PEDRO. ¿Me ayudarás después?  
 CABELLERA. Soy tu criado.  
 DON PEDRO. ¿Óyenos álguien?  
 CABELLERA. Todo está cerrado.  
 DON PEDRO. ¿Tendrás secreto?  
 CABELLERA. Ser leal intento.  
 DON PEDRO. Pues escucha mi amor.  
 CABELLERA. Ya estoy atento.  
 DON PEDRO. Era del claro julio ardiente día:  
 Manzanares al soto presidía,  
 y en clase, que la arena ha fabricado,  
 lecciones de cristal dictaba al prado,  
 cuando al morir la luz del sol ardiente,  
 solícito bañarme en su corriente;  
 en un caballo sendas examino,  
 y á la Casa del Campo me destino.  
 Llego á su verde falda,  
 elijo fértil sitio de esmeralda,  
 del caballo me apeo, —  
 creo la amenidad, el cristal creo,  
 y apenas con pereza diligente  
 la templanza averiguo á la corriente,  
 cuando alegres también como veloces,  
 á un lado escucho femeniles voces.  
 Guío á la voz los ojos prevenido,  
 y sólo la logré con el oído;  
 piso por las orillas, y tan quedo,  
 que pensé que pisaba con el miedo:

mas la voz me encamina, y más me llama,  
 voy apartando la una y otra rama,  
 y en el tibio cristal de la ribera  
 á una deidad hallé de esta manera.  
 Todo el cuerpo en el agua hermoso y bello,  
 fuera el rostro, y en roscas el cabello,  
 deshonesto el cristal que la gozaba,  
 de vanidad al soto la enseñaba;  
 mas si de amante el soto la quería,  
 por gozársela él todo, la cubría.  
 Quisieron mis deseos diligentes  
 verla por los cristales transparentes,  
 y al dedicar mis ojos á mi pena,  
 estaba al movimiento de la arena,  
 ciego ó turbio el cristal; y dije luego:  
 ¿quién con esta deidad no ha de estar ciego?  
 Turbio el cristal estaba,  
 y cuanto más la arena le enturbiaba,  
 mejor la ví, que al no ver la corriente,  
 sólo era su deidad lo transparente;  
 no el río, que al gozar tanta hermosura,  
 él es quien se bañaba en su blancura.  
 Cubría, para ser segundo velo,  
 túnica de Cambray todo su cielo,  
 y sólo un pié movía el cristal blando,  
 sin duda imaginó que iba pisando;  
 pero cuando sin verse se mostraba,  
 un plumaje del agua levantaba,  
 del curso propio con que se movía,  
 vialo entre el cristal, y no le vía,  
 que distinguir no supo mi albedrío  
 ni cuándo era su pié, ni cuando el río.  
 Procuraban ladrones mis enojos  
 robar sus perfecciones con los ojos,  
 cuando en pié se levanta toda hielos,  
 cubre el cristal lo que descubre el velo:  
 recátome en las ramas dilatadas,  
 prevenidas la esperan sus criadas;  
 dícenla todas que á la orilla pase,  
 y nada se dejó que yo robase;

y en fin, al recogerla,  
 tiritando salió perla con perla;  
 y yo dije abrasado:  
 ¡ Oh qué bien me parece el fuego helado !  
 Sale á la orilla, donde verla creo,  
 pónenseme delante y no la veo:  
 enjúgala el halago prevenido  
 la nieve que ella había derretido;  
 cuando un toro con ira y osadía  
 (que era día de fiestas este día)  
 desciende de Madrid al río; y luégo  
 más irritado, sí, que no más ciego,  
 quiere cruel é impío  
 de coraje beberse todo el río:  
 bebe la blanca nieve,  
 bebe más, y su misma sangre bebe.  
 El pecho, pues, herido, el cuello roto,  
 parte á vengar su injuria por el soto,  
 las cortinas de ramas desabrocha,  
 sacude con la coz á la garrocha,  
 y á mi hermosa deidad vencer procura,  
 que se quiso estrenar en la hermosura.  
 Huyen, pues, sus criadas con recelo,  
 y ella se honesta con segundo velo;  
 que aunque el temor la halló desprevenida,  
 quiso más el recato que la vida.  
 Yo, que miro irritarse el toro airado,  
 de amor y de piedad á un tiempo armado,  
 indigno la pasión, librarla espero,  
 y dándole advertencias al acero,  
 (osadía y pasión á un tiempo junta)  
 el corazón le paso con la punta,  
 con tan felice suerte,  
 que ni un bramido le costó la muerte.  
 Conoce que á mi amor debe la vida,  
 honestamente la hallo agradecida;  
 menos, viéndola más, mi amor mitigo,  
 entra dentro del coche y yo la sigo;  
 cierra luégo la noche:  
 entre otros, con lo oscuro pierdo el coche;

búscala y no la encuentra mi cuidado:  
 vóyme á Toledo, donde enamorado  
 le dije mis finezas con enojos  
 á aquel retrato que copié en los ojos.  
 Quéjome solo al viento;  
 procúrame mi primo un casamiento;  
 la ejecución de sus preceptos huyo:  
 voy á Madrid á efectuar el suyo;  
 vuelvo con Isabel (nunca volviera)  
 cubre el rostro Isabel (nunca le viera)  
 pues dice mi esperanza, hoy más perdida,  
 que es Isabel á la que dí la vida;  
 por valor ó por suerte,  
 que es Isabel la que me da la muerte.  
 y en fin, amante sí, y no satisfecho,  
 de la sombra esta noche me aprovecho;  
 á vengar con mis voces este agravio,  
 salga esta calentura por el labio:  
 sepa Isabel de mi cruel tormento,  
 asusten mis suspiros todo el viento;  
 sean ahora que Isabel me deja,  
 intérpretes mis voces de mi queja;  
 suceda todo un mal á todo un daño,  
 válgame un riesgo todo un desengaño;  
 ahora la he de hablar, verla porfío,  
 déjame que use bien de mi albedrío:  
 deja que á hablarla llegue,  
 para que esta tormenta se sosiegue;  
 déjame que la obligue,  
 para que este cuidado se mitigue,  
 y porque al referir pena tan fiera,  
 mi gloria dure y mi tormento muera.

CABELLERA. Tu relación he escuchado,  
 y por Dios que me lastimo  
 que se enamore quien tiene  
 tan lindos cinco sentidos.

¿ Tú, señor, enamorado ?

DON PEDRO. Es el sujeto divino.

CABELLERA. Y tú muy lindo sujeto;  
 pero puesto que has venido

á hablar con doña Isabel,  
llega falso y habla fino ;  
pero no andarás muy falso  
con don Lucas, que es tu primo,  
pues tú la amabas primero,  
y él hasta ayer no la ha visto.  
Y en llegando á enamorarse  
un hombre á todo albedrío,  
no hay hermano para hermano,  
ni hay amigo para amigo.  
Pues si un hermano no vale,  
¿cómo ha de valer un primo,  
que es parentesco de negros?  
Todos están recogidos  
los huéspedes del mesón ;  
¿llamaré?

DON PEDRO.

Llama quedito.

CABELLERA.

No sea que el huésped nos sienta,  
que es el huésped más cocido  
que hay en Illescas, y siente  
dentro en su casa un mosquito.

DON PEDRO.

Oyes, ¿viste anoche entrar,  
á un don Luís, que se hizo amigo  
de don Lucas?

CABELLERA.

Embozado  
tras la litera se vino,  
y anoche tomó posada  
en el mesón.

DON PEDRO.

¿Y has sabido  
á qué viene?

CABELLERA.

Galantea  
á Isabel, que así lo dijo  
su criado á otro criado,  
y aqueste criado mismo  
á otro criado después  
como criado fidedigno  
se lo contó, y él á mí:  
yo ahora á ti te lo aviso,  
que no sirve quien no cuenta  
lo que ha visto, y que no ha visto.

DON PEDRO. Pues con amor y con celos  
á un tiempo me determino  
á hablar á Isabel.

CABELLERA. Pues manos  
al amor: Amo y amigo,  
¿llego?

DON PEDRO. No llegues, espera,  
que están abriendo el postigo  
por de dentro.

CABELLERA. Dices bien.

DON PEDRO. ¿Qué será?

CABELLERA. No lo he entendido.

Sale DOÑA ISABEL medio desnuda, y ANDREA por otro  
apuesto.

D.<sup>a</sup> ISABEL. No me detengas, Andrea.

ANDREA. ¿Dónde vas?

D.<sup>a</sup> ISABEL. Á dar suspiros  
á los cielos de mis quejas.  
Téplate.

ANDREA. No espero alivio.

ANDREA. ¿Qué intentas?

D.<sup>a</sup> ISABEL. Buscar mi padre.

ANDREA. Está ahora recogido.

D.<sup>a</sup> ISABEL. Ven á despertarle, Andrea,  
que no ha de ser dueño mío  
don Lucas.

ANDREA. Resuelta estás.

DON PEDRO. Arrímate.

CABELLERA. Ya me arrimo.

ANDREA. ¿Y si no quiere tu padre?

D.<sup>a</sup> ISABEL. No es dueño de mi albedrío.

ANDREA. Pues ¿quién ha de ser tu esposo?

D.<sup>a</sup> ISABEL. Don Pedro ha de serlo mío,  
ó ninguno lo ha de ser ;  
si no es que desconocido  
á Alfonsa quiere.

DON PEDRO. (Ap.) ¡Pedirme  
albricias, alma y sentidos!

ANDREA. Vuélvete á dormir.

D.<sup>a</sup> ISABEL. No puedo.

CABELLERA. *(Ap.)* Cenó poco, no me admiro.

D.<sup>a</sup> ISABEL. ¿En qué aposento hallaré  
á mi padre?

ANDREA. No le he visto  
recoger, yo no lo sé:  
en habiendo amanecido  
podrás hablarle.

D.<sup>a</sup> ISABEL. No alargues  
plazos á un dolor prolijo;  
don Pedro ha de ser...

*(Encuentra con don Pedro.)*

DON PEDRO. Don Pedro,  
infelice dueño mío,  
ha de ser el que te adore  
tan amante y tan rendido,  
que han de ser alma y potencias  
lo menos que os sacrífico.

D.<sup>a</sup> ISABEL. ¿Quién es?

DON PEDRO. Quien no os ha ganado,  
cuando ya os hubo perdido:  
el que os ha granjeado á penas,  
el que os mereció á suspiros,  
el que os solicita á riesgos,  
el que os procura á cariños.

D.<sup>a</sup> ISABEL. Hablad quedo, y ved que estamos...

DON PEDRO. Templar la voz no resisto,  
que ésta es la voz de mi amor,  
y está mi amor encendido.

D.<sup>a</sup> ISABEL. Señor don Pedro, si oísteis  
la verdad del dolor mío,  
si aún no os ha costado un ruego  
la compasión de un cariño,  
no os llaméis tan infeliz  
como decís, pues no he dicho  
acaso que tengo amor,  
y ya vos lo habéis sabido.  
Dejad para el desdeñado  
la queja, llámese el digno  
feliz, é infeliz se llame  
el que nunca ha merecido.

Yo sí que soy desdichada,  
pues os quiero, y lo repito,  
y estando vivo el amor  
tengo á los celos más vivos.  
Ya habréis templado con verme  
el mal de no haberme visto;  
este sí es mal, pues que tiene,  
viéndoos más, menos alivio.  
Doña Alfonso ha de ser vuestra,  
con que viene á ser preciso  
que no lo pueda yo ser  
ni pueda llamaros mío.

Ella es quien dice que os quiere,  
con que yo naturalizo  
á mis bastardos temores,  
que son de mis celos hijos.  
Mirad, pues, cuál de los dos  
el más infeliz ha sido,  
pues vos lográis un amor  
y yo unos celos concibo.

DON PEDRO. ¿Yo, Isabel, no tengo celos,  
yo, decís vos, que me libro  
de una verdad, que la cubro  
con la sombra de un indicio?  
¿No es la flor Clicie, don Luís,  
que constante á los peligros  
está acechando los rayos  
de vuestro Oriente vecino?  
¿No viene á amaros, señora?  
¿No viene tras vos? ¿No he visto  
que os quiere?

D.<sup>a</sup> ISABEL. ¿Y quién es el sol?  
No con falsos silogismos  
me arguyáis, cuando estáis vos  
respondiéndoos á vos mismo.  
Si es la Clicie flor don Luís,  
¿cuándo el sol la Clicie quiso?  
¿Cuándo para desdeñarla  
no es cada rayo un aviso?  
Si soy sol, como decís,

- ¿cuándo mis rayos no han sido  
para desdeñarle ardientes,  
y para abrasarle tibios?  
¿Qué os daña á vos que él me quiera,  
pues veis que yo no le estimo?  
Mucho más florece el premio  
de la competencia al viso.  
Al clavel quiere la rosa,  
y él está desvanecido  
de ver que le hayan premiado  
en competencias del lirio.  
Olmo que abrazó á la yedra,  
está más agradecido  
de ver que siendo él distante  
se olvidase del vecino.  
Así, ¿qué importa que amante,  
constante, atento y activo,  
me quiera don Luís á mí,  
si con ver un amor mismo  
en los dos, con ser á un tiempo  
tan constantes como finos,  
sois el preferido vos,  
y es él el aborrecido?
- DON PEDRO. Luego aunque me quiera á mí  
doña Alfonsa, no hay indicio  
para celos.
- D.<sup>a</sup> ISABEL. Sí le hay;  
porque vos no me habéis dicho  
que no la queréis; y yo,  
que aborrezco á don Luís, digo.
- DON PEDRO. Pues yo sólo os quiero á vos.
- D.<sup>a</sup> ISABEL. Que no me halaguéis os pido  
con el amor, si después  
me matáis con el olvido;  
que mucho peor será,  
si no le tenéis, fingirlo,  
que si le tenéis, callarle;  
pues por más decente elijo  
que me ocultéis vuestra llama  
y os halle después más fino,

- que no hallarme aborrecida  
pensando que me han querido.
- DON PEDRO. Pulid el bruto diamante  
de mi amor, en cuyos visos  
haréis claras experiencias  
del fondo del dolor mío.
- D.<sup>a</sup> ISABEL. Pues elijase un remedio  
para evitar los designios  
de mi padre.
- ANDREA. Cé, señores.
- DON PEDRO. ¿Qué es lo que dices?
- ANDREA. Que miro  
abrir aquel aposento.
- DON PEDRO. ¿Cuyo es?
- ANDREA. El de don Luisillo.
- DON PEDRO. ¿Dónde irá?
- ANDREA. Habrá madrugado  
para tomar el camino  
antes que amanezca.
- CABELLERA. Es cierto.
- D.<sup>a</sup> ISABEL. Pues, señor, yo me retiro,  
no me vea.
- DON PEDRO. Bien eliges.
- D.<sup>a</sup> ISABEL. Quédate á Dios, dueño mío.
- DON PEDRO. ¿En fin, me querrás?
- D.<sup>a</sup> ISABEL. Soy tuya.
- DON PEDRO. ¿Y don Luís?
- D.<sup>a</sup> ISABEL. Es mi enemigo:  
¿y Alfonsa?
- DON PEDRO. Mátela amor.
- CABELLERA. Acabad, cuerpo de Cristo,  
que está don Luís en el patio.
- D.<sup>a</sup> ISABEL. Pues yo me voy, ven conmigo.
- CABELLERA. Señor, entra tú también,  
porque don Luís ha salido,  
y puede verte al pasar  
á tu aposento, y colijo  
que no puede juzgar bien  
de verte á esta hora vestido.
- D.<sup>a</sup> ISABEL. Mirad, don Pedro...

DON PEDRO. ¿Qué importa  
que esté un instante contigo  
en tanto que este don Luís  
sale fuera?

ANDREA. Bien ha dicho:  
luz tienes, y eres honrada,  
que él te quiere bien he oído,  
y los que son más amantes  
son los menos atrevidos.

D.<sup>a</sup> ISABEL. Pues cierra.

ANDREA. La puerta cierro.

DON PEDRO. Tú quédate aquí escondido,  
pues no importa que te vea.

CABELLERA. Obedecerte es preciso.

ANDREA. Lo dicho dicho, lacayo.

CABELLERA. Fregona, lo dicho dicho.  
*(Éntranse en el aposento de doña Isabel los tres, y queda  
Cabellera fuera.)*

Salen DON LUÍS y CARRANZA.

CARRANZA. Á media noche, señor:  
¿dónde vas?

DON LUÍS. Nada te espante,  
voy á intimar á mi amante  
la justicia de mi amor.

CARRANZA. No alcanzo tu pensamiento.

DON LUÍS. Huella quedo.

CARRANZA. ¿No dirás  
dónde á estas horas vas?

DON LUÍS. Solicito su aposento.

CARRANZA. Ten cordura, ten templanza;  
¡que esto un hombre cuerdo intente!  
¿Y si don Lucas te siente?

DON LUÍS. No me aconsejes, Carranza.

CARRANZA. Durmiendo á todos ahora  
con un mismo sueño igualo,  
no seas Arias Gonzalo  
si está hecho el mesón Zamora.  
De verla no es ocasión,  
y esta en que la vas á hablar,  
sólo es hora de buscar

á la moza del mesón.

DON LUÍS. Á dedicar almas mil  
vengo á la luz por quien veo,  
porque nunca yo flaqueo  
de ese accidente civil.

CARRANZA. Si ello ha de ser, vamos, pues,  
mitiga tu sentimiento.

DON LUÍS. ¿Sabes cuál es su aposento,  
Carranza amigo?

CARRANZA. Este es;  
anoche se recogió  
en este aposento.

DON LUÍS. Y dí,  
¿estás cierto en eso?

CARRANZA. Sí.

DON LUÍS. Pues llama.  
*(Llame Carranza á otro aposento que esté enfrente del de  
Isabel.)*

¿Responden?

CARRANZA. No.

DON LUÍS. Otra vez puedes volver  
á llamar por si despierta.

CARRANZA. Llamo.

D.<sup>a</sup> ALFONSA *(Dentro.)* ¿Quién anda en la puerta?

DON LUÍS. ¿Esta no es voz de mujer?  
¿Quién será?

CARRANZA. Isabel sería.

DON LUÍS. ¡Si es Andrea!

CARRANZA. No, señor,  
que yo conozco mejor  
su voz que la propia mía.  
Dudoso en la voz estoy.

DON LUÍS. No es Andrea, señor.

DON LUÍS. Pues  
si no es Andrea, ella es.

Sale DOÑA ALFONSA medio desnuda.

D.<sup>a</sup> ALFONSA. ¿Quién llamaba aquí?

DON LUÍS. Yo soy.

D.<sup>a</sup> ALFONSA. ¿Quién sois?

CARRANZA. Abrieron la puerta.